

cion del cielo, hallando tal discernimiento y virtud en el sugeto propuesto tan singularmente. Cogieron pues á Alejandro, hicieronle lavar y le pusieron los vestidos que le correspondian. De vuelta á la asamblea, pareció un nuevo hombre, y escitó la admiracion de todos los presentes; Gregorio dijo entonces: *no os espanteis si las apariencias os tenian en el error; el demonio queria valerse de ellas para ocultar esta luz bajo el celemin.* Confióle en seguida los órdenes sagrados, y le consagró obispo segun las reglas y ritos acostumbrados en la Iglesia. Correspondió San Alejandro á tan felices principios todo el tiempo de su episcopado, rigiendo sabiamente el pueblo fiel de Comana hasta la persecucion de Decio, en la que logró la corona del martirio, siendo quemado vivo.

San Babilés gobernaba en la misma época la ilustre iglesia de Antioquia, y coronó tambien con el martirio la mas santa y mas brillante carrera. San Juan Crisóstomo, ó hablando con mas seguridad, el autor de un discurso bastante elocuente para poderlo atribuir á este Padre, habla siempre con entusiasmo de su brillante virtud y de los continuos milagros que se obraban en su sepulcro (1), y aplica á este santo mártir un rasgo de firmeza pastoral, de que no habia todavía ejemplo, respecto de los señores del mundo. Segun San Juan Crisóstomo, no permitió el santo obispo que entrase el emperador Felipe en la iglesia de Antioquia la víspera de la Pascua, en que pretendia entrar á participar de las oraciones de los fieles, prohibiéndole la entrada hasta que hiciese la penitencia que exigian sus pecados. Edificado Felipe, prometió hacerla y lo verificó é hizo buenas obras; pero no hay motivos para creer que fuese constantemente fiel hasta el fin.

(1) *Disc. cont. gen. sup. S. Babil.*

Se habia encumbrado Felipe desde el mas bajo nacimiento á la dignidad imperial solo por una serie de ingratitudes que coronó con el parricidio de su bienhechor. Por lo demas, no hay la menor prueba de que desde aquel tiempo hubiese abrazado el cristianismo. Mas despues de haber usurpado todo el soberano poder, mandando asesinar por los soldados al jóven Gordiano, que habia dividido el imperio con él, dictó muy buenas leyes. Bajo las mas severas penas vedó aquellas indecencias abominables, que, aunque contrarias á la naturaleza, eran frecuentes y notorias, y castigó ejemplarmente á los poetas que con sus versos lascivos y sus sátiras sensuales rompian las costumbres y turbaban el orden de la sociedad. Celebráronse por otra parte los juegos seculares con la mas magnífica y mas profana pompa, por la novena y última vez, el año cuarto del reinado de Felipe, el 247 de Jesucristo, y el milésimo de la fundacion de Roma; y duraron tres dias y tres noches, celebrándose en ellos un combate de dos mil gladiadores. Es verosímil que ni aun entonces fuera todavía cristiano Felipe, aunque no pueda razonablemente dudarse que este emperador, al que no pretendemos justificar de otros muchos delitos, no hubiese abrazado verdaderamente nuestra santa Religion. La duda que sobre esto se suscitó porque despues de su muerte fué puesto en el número de los dioses, no es una de aquellas consecuencias juiciosas que justamente se admiran en el historiador que la produjo, pues para desvanecerla basta recordar que la apoteosis de los Césares era una ceremonia que practicaban los paganos sin escepcion y sin examinar las acciones de los que habian sido sus príncipes.

Pero á pesar de la constante proteccion del emperador Felipe en favor de la Iglesia, hubo muchos mártires en Alejandria en

el año 248. Sublevóse á la vez y con furor inesplicable contra los cristianos todo el pueblo idólatra, movido por un sedicioso cuyo nombre ignoramos. Entraron en sus casas, lleváronse cuanto pudieron encontrar de precioso, arrojaron lo demás por las ventanas y entregáronlo al fuego; arrastraron por el suelo á los mas respetables personajes, cargáronlos de golpes, y les dieron la muerte á palos y á pedradas.

La virgen Santa Apolonia, de avanzada edad y de una virtud universalmente respetada, dió las mayores pruebas de su heroico valor. Lleváronla arrastrando al arrabal de la ciudad despues de haberla herido la quijada hasta hacerla caer todos los dientes, y en su presencia encendieron una grande hoguera, en la que la amenazaron arrojar si rehusaba por mas tiempo tomar parte en la pública idolatría. Pidió la Santa la concediesen algunos instantes, como para resolver lo que debia hacer; soltóronla y luego se precipitó ella misma en medio de la hoguera. Podia temerse egecutaran en su persona otros ultrajes mas temibles á su virtud que la pérdida de la existencia; mas la particular inspiracion que se tiene por cierto dió motivo á la accion resuelta de la Santa, la justifica mucho mejor que todas las demas razones que pudieran alegarse. Duraron mucho tiempo aquellas violencias impías, hasta que al fin del reinado de Felipe la guerra civil tornó contra ellos mismos la rabia de los infieles.

Antes habia ya muerto en una edad avanzada, y verosíblemente fuera del gremio de la Iglesia, el célebre y desgraciado Tertuliano, del que no existe monumento alguno que nos mueva á afirmar volviérase en sí de sus extravíos. Al contrario, todos los antiguos le han mirado como un hombre que murió cismático; y es un testigo contra él la obstinada secta de los tertulianistas, que duraba aun en tiempo de

San Agustin, el cual convirtió los que quedaban. De Tertuliano se ha hablado con mucha diversidad, aunque tambien con justicia, relativamente á las diferentes obras de este padre, el mas antiguo de los padres latinos cuyos escritos hayan llegado hasta nosotros. Era incontestablemente un hombre de una profunda erudicion, aunque él mismo habla de sus estudios de un modo nada ventajoso; de un espíritu ardiente y brillante, impetuoso y profundo, penetrante y sutil; pero por sus extravíos dió margen á pensar que poseia mas viveza que exactitud y mas imaginacion que ingenio. Un observador juicioso (1) llega hasta decir que en cierto sentido aquel fogoso africano era visionario; esto es, que sin ver lo que no habia, veia las cosas diversamente de lo que eran; mas esta nota no podia recaer sobre él sino desde el tiempo en que se acomodó á las visiones del montanismo: pues entonces su imaginacion se mostró enteramente desarreglada y verdaderamente desenfadada, como lo prueban su entusiasmo y su cólera aun cuando se tratara de los objetos mas despreciables. ¡Qué de sensaciones irregulares y violentas no se observan en sus duras transposiciones, en sus ágras ironías y en otras figuras que usan con violencia! ¡Qué de razones pomposas y vanas en el fondo, que no sirven mas que para escitar la sorpresa ó el aturdimiento! ¡Cuántas espresiones traídas de los cabellos, oscuras y casi ininteligibles! Tanto que parece muchas veces que hace ostencion de esta dureza y oscuridad en sus discursos. Manifiestamente lleno de sí mismo en sus escritos heréticos, hay ocasiones en que únicamente se entiende él y no se cuida de que le entiendan los demas. Otras veces dice cuanto le ocurre con tal que sus

(1) *Recherches sur la vérité.*

extraordinarios bosquejos le den un aire raro, y pueda revestirlos de algunas expresiones atrevidas, propias ó impropias, que hagan una impresion cualquiera.

Mas no se dirá lo mismo de las obras que compuso estando en el gremio de la Iglesia: generalmente hablando son excelentes producciones, no solo en cuanto al fondo de las cosas, sino tambien por su energia y elocuencia, como igualmente por la abundancia y rápido giro de sus pensamientos. Sirvió con mucho fruto á la Religion este genio extraordinario mientras se mantuvo, bajo la direccion del Espíritu de Dios, en los límites de la humildad y de aquella sobriedad en la sabiduría tan recomendada á los fieles. Así, á pesar de los motivos particulares que de la caída de Tertuliano se han creído descubrir en el temple de su espíritu vano y estéril, y aun se puede decir, mas hinchado y furioso que vasto y nervioso, cuando hace uso de sus chistes irónicos; hay sin embargo pocos ejemplos mas propios que este para hacernos temblar y guardarnos de los extravíos del espíritu humano. Mas por grande que sea la fama de un autor jamás debemos darle una confianza ilimitada; y en punto de dogma y de creencia solo debemos suscribir á los principios generales é inmutables de la fé. Si con estas disposiciones leemos á Tertuliano, podrán sernos útiles hasta las mismas obras que compuso estando en el cisma.

Sus tratados sobre el Bautismo, la Penitencia, la Oracion, la Paciencia, el Adorno de las mugeres, y los Espectáculos, los escribió estando todavia en el gremio de la Iglesia. Nos dice en términos espresos que al componer el de las *Prescripciones*, estaba en comunión con todas las iglesias apostólicas, particularmente con la de Roma, de la cual hace los mayores encomios. Y en efecto, ¿cómo se ha de conciliar con el

espíritu de secta una obra que las combate todas con armas invencibles, y que sin entrar en el riguroso análisis de los dogmas falsos y absurdos, sienta los principios luminosos que las destruyen de raiz? De aqui vino el título de *Prescripcion* que se tomó de los jurisconsultos, y significa que la Iglesia católica tiene prescripcion, por decirlo así, contra los hereges, y derecho de no escucharlos, por ser mucho mas antigua que ellos.

La mayor parte de las demas obras de Tertuliano, de que no hemos todavia hablado, fueron compuestas despues de su caída; de ellas unas son enteramente malas y directamente contrarias á la Religion católica; otras están mezcladas de excelentes preservativos contra aquellas heregias que condenaba la de Montano. Por egemplo, el tratado contra Marcion contiene cosas muy preciosas, como igualmente el que escribió contra Praxéas, á quien Tertuliano arrancó en otro tiempo la máscara y obligó á retractarse, y posteriormente volvía á sembrar sus errores por lo tocante á las tres Divinas Personas. Los libros absolutamente heréticos son los de la *Monogamia*, en los que condena las segundas nupcias; los de la *Impudicia*, en los que tiene á la impureza por pecado irremisible; y el del *Alma*, que está lleno de paradojas tan falsas como extravagantes. Su libro burlesco intitulado de la *Capa ó Manto*, compuesto para dar cuenta de las razones que pretende haber tenido para vestir el manto filosófico, esta produccion inconcebible en el autor del *Apologético*, aunque nada tiene que sea contrario á la fé de la Iglesia, muestra bien á las claras lo que se degradó á sí mismo aquel doctor, y cuánto habia perdido de su mérito y talentos, obligando, por decirlo así, al espíritu de Dios á que huyese de su corazón. En realidad ya no es en este tratado el mismo hombre, y es imposible de todo punto re-

conocer en él al elocuente escritor de las obras que compuso, ya en favor del cristianismo, ya contra el gentilismo.

Algunos años despues que Tertuliano, murió Orígenes en Tiro, á la edad de setenta y un años, objeto igualmente famoso de elogios y de vituperios. Ninguno gozó de mas encomios ni de mas estimacion; pero ninguno tampoco fué mas atacado, ni perseguido con mas encarnizamiento durante su vida y aun despues de su muerte; y ningun escritor mereció mas estos tan contrarios tratamientos, puesto que ningun otro, como queda dicho, habló ni mas dignamente, ni de un modo mas reprehensible, sobre ciertos dogmas de la Religion. Ninguno tampoco escribió tantas obras sábias, pues el número de sus producciones pasa de seis mil, segun Rufino: siete escribientes se empleaban en escribir lo que él dictaba, y lo menos otros tantos en poner en limpio lo que se escribía en borrador. Ambrosio era el que proveía á todos estos gastos con la generosidad de un amigo limitado en todo lo demás por el desinterés de aquel doctor virtuoso. En este prodigioso número de escritos se deslizaron, como ya hemos dicho, algunos errores harto groseros, así por la malignidad de los hereges, como por la temeridad de los discipulos de Orígenes, y algunas veces por la inadvertencia de este doctor fecundo: pero estos defectos de su entendimiento, mas que de su corazón, no sirven de obstáculo para que se piense favorablemente de su suerte eterna, y se tenga menos motivo de temer por él que por Tertuliano. Sin duda no permitiría Dios que cayese en esos extravíos y fuese el objeto de las contradicciones y de trabajos que ellos le acarrearán, sino para proporcionarle un antidoto poderoso contra el veneno del orgullo que podia inspirarle su grande superioridad sobre la capacidad regular del espíritu humano. Pero sobre todo, la confe-

sion generosa que hizo de la fé en los últimos tiempos de su vida, de la que no dudó ninguno de los grandes hombres de su siglo, por mas que se haya dicho posteriormente, nos dá las mayores esperanzas de que si él confesó á Jesucristo delante de los hombres, este Dios misericordioso no le habrá desconocido ante su Padre.

La Providencia, que supo aplicar en utilidad de la Iglesia esta mezcla de buenas y malas cualidades, preparaba á la Religion hácia el fin de Tertuliano y Orígenes, un testigo cuya santidad no fuese dudosa, en la persona de Tascio Cipriano. Era natural de Cartago y de una familia senatoria, tan distinguida por su riqueza como por su nobleza; de ingenio fácil y copioso, lleno de fuego, y lo que es mas de admirar en un africano, ameno, claro y puro. Aplicóse con cuidado á las bellas letras y á las ciencias profundas, é hizo singulares progresos, no solo en la elocuencia, sino en todo género de literatura. Así, para que fuese mas útil á su pueblo, Dios hizo de modo que se proveyese de todas las riquezas de Egipto antes de salir del paganismo, porque nació y fué criado en las sombras y la corrupcion de la idolatría, y no la abandonó sino despues de mucha resistencia. Deliberó largo tiempo sobre los argumentos y la propuesta que le hizo Cecilio, aquel Cecilio que se convirtió en Roma por el celo de Minucio Félix, y á quien veneró siempre Cipriano como á un padre que le había engendrado en Jesucristo. La fogosidad de su ardiente imaginacion y sus pasiones fortificadas por el largo uso de la molicie y de los placeres, le representaban continuamente los sacrificios y todas las penosas mutaciones que tendria que hacer en su nuevo método de vida.

Escribiendo á uno de sus amigos llamado Donato, dice: «Entonces, surcando yo el borrascoso mar del siglo, y no teniendo aún por guia la antorcha de la ver-

dad, hallaba una extraordinaria dificultad en creer lo que se me prometía de la bondad de Dios para salvarme. No podía yo comprender pudiese el hombre nacer segunda vez, y que lavándose en las aguas del bautismo quedase despojado interiormente de lo que antes era, y se cambiase enteramente de espíritu y de inclinaciones. ¿No es acaso una quimera, decía yo entre mí mismo, semejante transformación? ¿Cómo podrá uno desprenderse de tantos afectos que tan profundas raíces han echado en el fondo de nuestro mismo ser, bien porque la naturaleza las haya plantado y fructificado en él, ó bien porque un hábito inveterado las haya dado igual incremento y estabilidad? Esto es, continúa, lo que yo recapacitaba muchas veces dentro de mí mismo. Y como me hallaba dominado de una infinidad de esos funestos hábitos que yo juzgaba no poder sacudir jamás, prefería dejarme llevar de estos queridos vicios antes que intentar una penosa victoria; de este modo, gustosamente desesperado de llegar á ser mejor de lo que era, me acostumbé insensiblemente á la tiranía de las malas inclinaciones que ya habían formado en mí una segunda naturaleza. Mas luego que las manchas de mi pasada vida se limpiaron con el agua saludable de la regeneración, cuando la luz del cielo iluminó mis potencias, cuando recibí un espíritu celestial, y la adopción divina me hubo transformado en un hombre nuevo, al punto se disiparon mis dudas sin saber cómo; mis dificultades desaparecieron, mis tinieblas se aclararon, y lo que antes tenía por imposible, se me hizo no solo posible, sino suave y de ninguna dificultad (1).

En efecto, aquella alma fuerte triunfó de

(1) Cyprian. *Epist.* 1.

todos los obstáculos y despreció todos los artificios de la seducción. No fueron las ironías de los paganos la prueba menor que de su vocación tuvo que sostener; echábanle en cara que teniendo espíritu y talentos tan singulares, que le daban derecho á todo, los degradase hasta el punto de alimentarse con esperanzas quiméricas y fábulas ridículas. Pero no por eso dejó de desprenderse de todos sus bienes, que eran muchos; vendió sus tierras y hasta los jardines que tenía cerca de Cartago y que eran todas sus delicias, y di tribuyó su precio entre los pobres: abrazó la continencia perfecta; vivió retirado y con la mas modesta sencillez y parsimonia, continuamente ocupado en meditar ó estudiar las Sagradas Escrituras y los autores eclesiásticos. De Tertuliano hacia singular aprecio, de cuyas obras leía todos los días sin faltar uno algun pasaje, llamándole el maestro por excelencia; pero puede asegurarse que el discípulo pasó delante al maestro, y que sin cederle en la viveza y fecundidad de la imaginación, le escedía en gusto y solidez. De todos los Padres latinos se le tiene casi generalmente por el orador mas completo; y segun Laclancio, posee tanta gracia para adornar lo que dice, tanta claridad para darlo á entender, tanta energía para inculcarlo, que no es fácil juzgar en cuál de estas cosas fué mas aventajado. Algun tanto de dureza en la expresión es lo único que se le puede tachar; dureza que provendría, ó de la mucha lectura de los libros de Tertuliano, ó del mismo vicio del suelo africano en que nació y le educaron.

Tanto mérito y tanta virtud no podían menos de eximirle de las reglas comunes para su adelantamiento en la gerarquía; así que, siendo todavía neófito, fué promovido al orden sacerdotal. Poco después, habiendo acontecido la muerte de Donato, obispo de la capital de Africa, fué ensalzado Cípriano

á aquella silla eminente, á pesar de toda su resistencia, con aplauso general del pueblo y de los obispos de la provincia. Unicamente cinco sacerdotes fueron los que se opusieron á la elección, con una especie de compló que les acarreó la indignación de toda Cartago y verosíblemente la pena de deposición. El episcopado, comenzado con tan felices auspicios, fué una cadena de virtudes, de piedad, de celo; un armonioso y admirable conjunto de caridad y de vigor eclesiástico digno de servir de tipo á toda la posteridad. Este prelado, tan humilde como prudente, nada emprendía, aunque fuese de poca consideración, sin el consejo del clero, ni la participación de los fieles. Se miró siempre como formado para el público, no teniendo cosa en su exterior que pudiese causar escándalo ó desaliento, evitando con igual solitud lo que no se conformaba con una modesta decencia y lo que tenía visos de afectación y vanagloria. En toda su persona veíase retratada la santidad con cierto aire de dignidad: procuraba evitar así los excesos de una sencillez baja y grosera como los de un fausto secular; era agradable sin lisonja, reservado sin violencia, modesto sin fingimiento, sério sin tristeza, grave y alegre á un tiempo; eualidades con las que adquirió no menos el amor que la reverencia de todos, y se aprovechó de las felices disposiciones de los ánimos para fomentar la fé bajo el gobierno benéfico de Felipe.

Mas los medios de que este emperador se había valido para ascender al trono eran sobrado odiosos para que quedase en paz por mucho tiempo; y no era poco que se hubiese podido mantener en él por espacio de mas de cinco años. Turbaron al fin las rebeliones de tal modo las provincias, que no bastó él solo para sosegar tantos desórdenes. Envió á Decio á la Pannonia, en donde este general había nacido de una antigua

familia, y en cuya provincia se hallaban las tropas en la mayor relajación de disciplina. Decio tenía mucho talento, rectitud, y era muy amante del buen orden: los soldados, para evitar el castigo debido á su insubordinación, imaginaron que no había medio mas seguro que el de conciliarse su benevolencia confiriéndole el imperio. Le ensalzaron efectivamente á este supremo lugar, volviendo después bajo sus órdenes hácia la Italia. Presentóle batalla Felipe; mas fué vencido y muerto por sus propias tropas el año 249. Esto, empero, no sirvió de óbice, como tampoco la Religión que profesaba, para que se le colocase segun costumbre en el rango de los dioses.

Poco antes de esta revolución quiso el Papa San Fabian que se experimentasen en la Iglesia los efectos de una paz de treinta y ocho años, la mas larga que había logrado hasta entonces. Consagró siete obispos, á los cuales asoció mayor número de ministros inferiores y los envió á las hermosas provincias de la Galia, así para el auxilio de las antiguas iglesias, como para el establecimiento de otras nuevas. Segun Gregorio Turonense, estos siete obispos fueron: Trófimo, de Arlés, diferente del antiguo Trófimo, discípulo de San Pablo, pero sucesor del obispo Marciano, ya infestado con el novacianismo; Paulo, de Narbona, diferente tambien del famoso Sergio Paulo, discípulo del Apóstol de las naciones; Dionisio, de Paris; Gaciano, de Tours; Saturnino, de Tolosa; Marcial, de Limoges; y Austremonio, de Auvernia.

Detúvose Paulo primeramente en Beziers, en donde hizo grandes progresos la verdad que predicaba; mas la fama de sus virtudes y milagros hizo que lo llamasen para sí los habitantes de la ciudad metropolitana de Narbona, aunque antes de acceder á sus instancias, dejó á Afrodísio por obispo de Beziers. Fundó tambien poco tiempo des-